

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripcion empieza siempre en 1.^o de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente
 en la Administracion. . . . 24 reales.
 Por comisionado. 26
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.^o de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

AL SEÑOR DIRECTOR DE CORREOS.

Sr. D. Victor Cardenal:

Lo que pasa con GIL BLAS en las administraciones de correos, no tiene nada de extraordinario, porque sucede todos los dias.

Remitimos con puntualidad el periódico, y muchos suscritores no lo reciben.

Dicen que esto no tiene remedio. ¿Es verdad, señor don Victor?

Quiero ser breve, y voy á citar á Vd. un ejemplo que le convencerá del buen servicio de su ramo.

D. L. F.—Plaza de Medinaceli, 1, tercero, BARCELONA, se suscribió en 21 de febrero.

Se le remitieron todos los números atrasados, y se le continúa enviando la suscripcion.

En 12 de marzo reclamó que no recibia ningun número. Se le volvieron á remitir. ¡Que si quieres!

El 2 de abril volvió á reclamar. Se le han vuelto á remitir, y como es probable que tampoco los reciba, tendremos el honor de ponerlo en su conocimiento..... para que se ria Vd. del suscriptor y de nosotros.

Una cosa me consuela, Sr. D. Victor, y es que usted y sus dependientes cobran el sueldo con puntualidad.

Esto es lo importante: me voy convenciendo de que Vds. no están ahí para servirnos á nosotros, sino para servirse á sí mismos.

UNA NOVELA EN UN CAPITULO.

Era una noche oscura.

Madrid dormia tranquilo: la ronda secreta ocupaba las bocas calles.

Un sereno gritaba: *Las tres y Narvaez*. Todos comprendian que anunciaba mal tiempo.

Un embozado se adelanta llevando debajo de la capa un enorme espadon. Entre el embozo y el calañés, se le ve algo de la cara,—que es de pocos amigos.

Poco despues llega otro embozado. Cubre su cabeza un gorro frigio, y trae en la mano un puñal con este letrero en la hoja: *Nueva ley de imprenta*.

Llega el tercer embozado: trae sombrero á la Fontana de oro y unos chanclos hechos con piel de apostasia.

Primer embozado.—¡Chist! Nadie nos ve..... acercaos.

Segundo embozado.—Llegó la hora.

Tercer embozado.—¡Qué frio hace! De buena gana me beberia una copa.

Primer embozado.—No es ocasion de beber, sino de obrar.

Segundo embozado.—Obremos.

Tercer embozado.—Obremos, pues.

Primer embozado.—¿Veis esa tapia?

Los dos.—Sí.

Primer embozado.—Pues es preciso saltarla.

Tercer embozado.—Yo no puedo trepar..... se me doblan las piernas.

Primer embozado.—¡Tonto! Aquí traigo yo una escala de seda.

Tercer embozado.—Eso es otra cosa.

Primer embozado.—Entremos. El perro que la guarda está sujeto por una cadena de hierro.

Segundo embozado.—¿Cómo se llama el perro?

Primer embozado.—Se llama *Pueblo*, y se deja engañar fácilmente.

Segundo embozado.—Mejor es así.

Los tres embozados asaltan la tapia, y una vez dentro, seguros de que nadie viene á interrumpirlos, comienzan su obra de destruccion.

Primer golpe.

La primera cosa con que tropiezan es el árbol de la *Libertad* que empezaba á estender sus ramas.

Segundo embozado.—¡Este es! ¡Este es! ¡Quién lo habia de decir! A la sombra de este árbol he reposado yo muchas veces en mis horas de infortunio.

Tercer embozado.—Y yo tambien.

Primer embozado.—Yo nunca, y mi deseo constante ha sido siempre cortarlo de raiz.

Segundo embozado.—Cortémoslo: hoy sirve á nuestros enemigos, y es fuerza quitarles este refugio.

El árbol de la *Libertad* cae por tierra herido en el corazon.

El estruendo de su caída despierta al perro; pero como estaba atado, se contenta con ladrar á la luna.

Segundo golpe.

Los tres embozados avanzan unos cuantos pasos y tropiezan con el árbol de la ciencia.

Primer embozado.—Aquí está el otro. ¿Me quereis decir de qué sirve esto? Nunca he probado su fruta.

Segundo embozado.—Ni te hace falta.

Tercer embozado.—Ahora me toca á mí: venga el hacha, que ardo en deseos de ver por tierra esas ramas. Pocas fuerzas tengo, pero así y todo voy á derribarlo.

Descarga un golpe, y se desprende una hermosa rama.

Tercer embozado.—Creo que ha caido lo principal.

Segundo embozado.—Esta rama es la de la *Historia*.

Tercer embozado.—La que protegía á Castelar. Las otras caerán tambien.

Tercer golpe.

El último árbol, que crecia raquítico, era la *Prensa*.

Segundo embozado.—Este me toca á mí. No me contento con el hacha, quiero tambien dejarle clavado mi puñal para que se sepa la mano que lo ha herido.

Y el árbol de la *Prensa* cae derribado como los otros dos.

EPILOGO.

Al dia siguiente se despertaron muy tarde los tres héroes de esta narracion.

El dia estaba hermoso; un sol de primavera llenaba de alegría las casas y los campos.

Los tres embozados salieron á gozar de su obra. Confundidos entre la gente, se dirigieron al sitio de sus hazañas.

¡Oh sorpresa!

Los árboles que habian creido derribar estaban enhiestos como la vispera.

Primer embozado.—¿Qué esto? Yo estoy seguro de haber derribado este tronco.

Segundo embozado.—Y yo este.

Tercer embozado.—Y yo este.

La *Patria* (metiéndose por medio).—Insensatos, habeis soñado..... Vuestros golpes daban en el vacío.

Una carcajada del público les obligó á retirarse.

Por eso se dice hoy, imitando á Calderon de la Barca:

La reaccion es sueño.

Luis Rivera.

COSAS DEL DIA.

Los periódicos, que tanto nos aturden diariamente contándonos las grandes operaciones de las columnas volantes, reducidas á comer, pernoctar, y dar pábulo á las habilllas del vulgo, no nos han dicho nada de la columna formada el martes en las afueras de la puerta de Alcalá, á las altas horas de la noche, y con las instrucciones mas terminantes.

Ya hacia dias que por aquella parte de la poblacion se dejaban oír sordos rumores; todo el mundo hablaba de la llegada de cierto personaje; menudeaban las visitas de algunos extranjeros á los Campos Eliseos, y todo hacia sospechar que el golpe de estado era inminente. Los pronósticos del público se cumplieron al fin; pero con alguna modificacion. El golpe de estado se convirtió en *golpe de establo*.

Hambriento como una legion de moderados, y con mas ganas de echarse á la calle que un absolutista, el personaje en cuestion vivia en la habitacion mas espaciosa de los Campos, no con la vida agitada del ministerio, sino con la tranquilidad del que confia en sus fuerzas, y se deja dominar por capricho, ni mas ni menos que el país. La cadena de la censura le sujetaba á la estaca del miedo, no tan sólida como se creia; y por lo gordo y reposado diríase que no echaba de menos mas que dos ó tres causas de real órden.

En este estado, vino á sorprenderle la noticia de la disolucion de la junta consultiva de obras públicas.

—¡Bonita ocasion para armar un negocio! exclamó dirigiendo la vista hácia el ensanche.

Y comenzó á ensancharse, haciendo de paso algunas obras del género de las que mas agradan en España:—de destruccion. Pronto se convenció de lo que el pueblo no se ha convencido todavía; de que nada cuesta menos trabajo que ser libre. Todo se reduce á empujar á tiempo. Hallóse, en efecto, libre como un diario neo-católico, y despues de romper algunos faroles, á guisa de chico escapado de la escuela, abrió la puerta con mas facilidad que si hubiera sido la del Hospital de naturales, y colocándose en medio del camino, contempló un momento el paisaje que le rodeaba.

Un mundo de ideas y de recuerdos se agolpó entonces á su imaginacion; veia á su izquierda los campos de Vicálvaro, bordados todavía por las herraduras unionistas; la venta del Espíritu Santo, pequeño Trianon de un sacamuelas ilustre; la colonia de *La Peninsular*, especie de berruga que hermosea la fisonomía de la capital; á su frente el Retiro, habitado un dia por Felipe IV, y hoy por el infante Don Francisco, poetas los dos, y muy aficionados al teatro; mas allá el Observatorio, desde el cual puede verse que la luna es en todo parecida á la tierra, lo cual la despoja de su idealismo, y por último, á su derecha, la que fué otro tiempo villa del oso, y ahora ha cambiado de escudo, acaso para que no la designen con el plural.

Poco duró su meditacion; pero fué bastante para que los enemigos de la paz vinieran á turbar la suya, y á pretender reducirle de nuevo á la obediencia; á él, candoroso como un diputado de la mayoría, con menos malicia que el mas insignificante artículo de *Los Tiempos*.

Pero ¡ay! que ante la tranquilidad de la conciencia se embotan las armas mejor templadas; ante el espectáculo del desprecio á la vida, los corazones mas enérgicos retroceden. El preso que habia quebrantado su cárcel; el salteador de caminos que no habia respetado ni el secreto del hogar doméstico, ni el sagrado de la propiedad, en vez del piquete que debia fusilarle, halló una escolta que á respetable distancia le acompañaba en su paseo, mas lucida y mas numerosa, si cabe, que la que llevan detrás los reyes del Congo, ó los jefes de tribu de los indios Yoways. Lo mismo hicieron las columnas volantes en una ocasion, y lo mismo harán ahora, si han de respetar la categoría de cada personaje. En cuanto al que nos ocupa, ya está otra vez instalado en su habitacion, donde ha sido estos dias visitado por muchas personas de su misma comunión política; habiendo recibido además muchas tarjetas, hasta de generales y académicos. Hay quien cree que dentro de poco se enseñará al público por un real. ¡Qué humillacion!

Despues de este suceso, el de mas bulto de la semana, se ha fijado la atencion de las gentes en la destitucion del rector de la universidad, Sr. Montalvan; nueva víctima inmolada en aras del neo-catolicismo tragi-cómico del director de instruccion pública, señor Ochoa. Efectivamente, este abigarrado prosista y melencólico poeta, cuya pluma ha servido con el mismo desinterés á todas las causas, especialmente á la suya propia, se ha propuesto ser el *Pedro el Ermitaño* de la cruzada dispuesta por la reaccion contra los catedráticos liberales.

Nosotros creemos que lo que este *Pedro* está pidiendo á voces es un *don*.

Si ahora se me permitiera hablar de lo que no ha sucedido, ni es verosímil que suceda, estoy seguro que os haría pasar un buen rato, sobre todo, si sois vicálvaristas; pero prefiero poner punto en boca, y dejo á estos señores en libertad de que preparen otra novenita á San Luis, uno de los santos á quienes tengo menos devocion.

Manuel del Palacio.

EN EL ÍNDICE.

Soñaba el ciego que veia; es decir, soñaba yo que me hallaba en Roma y que visitaba cuanto de notable encierra la ciudad de las siete colinas. Y por aquello de que nunca pierde uno la afición á lo bueno, ocurrióseme hacer una visita á la congregacion del *Índice*.

Era de noche, y *sin embargo llovía*.

Los cardenales dormian con el sueño de la inocencia, y los libros prohibidos se dieron á luz sin permiso del casero.

Apliqué el oído á una puerta, y oí lo siguiente:

El conde de Monte-cristo.—Buenas noches, queridos míos, ¿hay novedades?

Margarita Gautier.—Sí, carísimo conde, tenemos la casa llena de gente. Papá Dumas se ha visto precisado á permitir que los cardenales le arrebatáran un nuevo hijo, y Luis Napoleon, á pesar de su talento demoleador, ha visto demoler impasible su nueva obra, que ha venido á nuestro lado.

Julio César.—Servidor de Vds.

Juan Valjean.—¡Hola, *sans culot!* Tu padre y el mio se ódian. ¡Te voy á arrancar algo!

Margarita Gautier.—Arráncale unas cuantas páginas que le sobran.

Julio César.—¡Oh, no! Mr. Mocquard se enfadaria en su sepúlculo.

Margarita Gautier.—¡Jesús!

Jesús.—¿Qué quieres, mujer?

Monte-Cristo.—(A *Julio César*.) Os presento á este jóven, víctima de su osadía. Mr. Renan le vistió, le escribió su biografía, y aseguró que este era el verdadero hijo de Dios. Vuestro papá Luis Bonaparte le prohibió presentarse al mundo, por usurpador de un título que no le correspondia, y le tenemos aquí oculto á las miradas de los pueblos.

El Judío Errante.—A propósito: ahora recuerdo la voz que me dijo: ¡*Anda!* y me hizo andar por esos mundos como un peluquero en domingo. Pero ved lo que es el mundo: yo no puedo andar, á pesar de que debo andar, y andar, y andar.... la Congregacion del *Índice* me tiene aprisionado. Aquí me veis inmóvil, fijo, fumándome un cigarro de tres cuartos y faltando á mis compromisos.

Quasimodo.—En cambio yo, que gozaba en repicar y andar por París á caza de gangas, me veo obligado á estar entre vosotros.

Artaguan.—¿No estoy yo también, y callo?

Porthos.—¿Y yo?

Athos.—¿Y yo?

Aramis.—¿Y yo?

Monseñor Bienvenido.—¡Paciencia! Yo he cometido un gran delito:—dejarme robar dos candeleros de plata.

Juan Valjean.—Aquí los tengo yo debajo de la capa de polvo que me cubre.

Julio César.—¡Tened cuidado con papá que está un poco irritado!

Margarita Gautier.—¿Nos enviará á Clichy?

Juan Valjean.—Ya no es posible. Además, cárcel por cárcel, no estamos mal en esta.

La Judía Errante.—A ver si me dejais dormir tranquila. ¡Qué guirigay!

Montecristo.—¿Guirigay? Eso parece un nombre español.... ¿Quién es *Guirigay*?

Margarita Gautier.—Es un hijo de la prensa, que debia estar aquí entre nosotros, pero que se ha evadido del compromiso, sin duda....

Juan Valjean.—Pues ese es de los míos.

Margarita Gautier.—Ahora tiene mucha influencia, su papá es ministro...

A tal punto llegaban de su conversacion aquellos personajes, cuando sentí una fuerte impresion en la cabeza.

Miré atrás, y ¡oh sorpresa!

Aquello era que yo me habia despertado, y que despues de andar, dormido, por los espacios imaginarios, habia dado con un artículo.

Y tal como es, lo pongo á la disposicion de Vds. y del señor juez de imprenta.

Eusebio Blasco.

LA PESTE SIBERIANA.

(La opinion pública y D. Ramon.)

La Opinion.

Señor duque, señor duque, el de la espada de á legua, el de la corta estatura, el de la frente pequeña; en vano es cerrar los ojos al enemigo que llega. Señor duque, señor duque, ya la peste está á las puertas.

Dicen que viene de Rusia misteriosa pasajera, nacida ayer en los últimos confines de la Siberia. El *Revenonte* se llama, grandes poblaciones diezma; ya pasó San Petersburgo, ya al Mediodia se acerca, y montones de cadáveres va dejando en su carrera. Aliento de fiebre exhala, el delirio la rodea, y una mortaja por manto flotante en sus hombros cuelga. Hija del Norte, su cuna son las heladas tinieblas, y, providencia ó castigo, Europa la mira y tiembla. —Señor duque, señor duque, ya la peste está á las puertas.

Don Ramon (despertando).—¿Se quié osté cayá, perdia, y no jarmarme eza grezca ahora que estaba yo haciendo en zueños unas proezas?... Mire ozté, zoñaba yo que era torero, de veras, y la nacion era er bicho.... ¡comparito, y qué muleta! Yo lo pazaba de estómago, y aluego con una flema le jacia ¡je! y er bicho al levantar la cabeza me sacaba en los pitones á la pública virgüenza.

La Opinion.

Señor duque, ó señor diablo, no es esta ocasion de fiestas, pues como dice el refran, tras de la peste, la guerra.

Don Ramon.

¿La guerra? Aguárde osté un poco, ¡mi espada de vara y media! ¡Mis pistolas, mis cañones! ¡Venga la ronda secreta!

La Opinion.

¿Dónde están los demagogos? ¡Si es la peste la que llega!

Don Ramon.

Que la fuzilen ar punto, y en zeguia que la prendan. Tome Vd. las precauciones que en tales casos se observan, para evitar que en España se introduzca la epidemia.

Don Ramon.

Veinte columnas volantes recorran la España entera; publíquese por decreto mañana la ley de imprenta. Que recojan los periódicos. Ya entiendo yo eza monserga. La peste es la libertad, que á mí naide me la pega.

La Opinion.

¡Ah, desdichado gobierno, que tan bajamente piensas, y mientras el rudo azote á pasos gigantes llega, consumes nuestros esfuerzos en miserables reyertas! Buenas noches, caballeros. ¡Y se duerme!

Don Ramon.

La Opinion.

Don Ramon.

A pierna suelta.

(Soñando en alta voz.)

¡Cómo ha de entrar en España eza pezte de Siberia, si zabe que en los cuarteles tengo la tropa dispuesta?

Luis Rivera.



LAS VÍCTIMAS DE LA LEY

— ¿Pero, señorita, se vuelve Vd. atrás?
 — Yo havia dado á Vd. el sí antes de la ley de imprenta de Gonzalez Brabo.
 — Es verdad.
 — Como es Vd. periodista..... francamente, amigo mio, yo no quiero casarme con un hombre á quien he de ver muy pronto en presidio.

ESCENAS CÓMICAS.

I.

¿Saben Vds. lo que sucede?
 ¡Pues es una friolera! Los neos conspiran. Hay *run run*.
 Hay comidas político-funerales-vertiginosas, á puerta cerrada y en sitios subterráneos.
 Ya no somos nosotros los que comemos para conspirar; ahora son ellos; ellos mismos, aquellos de maras, los de la tartanita.
 Cuando *La Correspondencia* lo dice, licencia tendrá de Dios.
 Yo he leído en dicho periódico que en cierta comida, celebrada no sé donde, hubo brindis á un D. Juan, —y no Tenorio.
 Y por si el respetable público no está enterado de lo

que en la comida retrógrada se dijo, yo les contaré lo que hubo.

Uno de los comensales, fosforero de cámara de Don Juan, se levantó empuñando un vaso de agua de Móstoles y dijo:

—Brindo, señores, porque dentro de doscientos años, si el tiempo lo permite, celebremos una funcion de fuegos artificiales en honor de D. Juan, mi apreciable señorito.

Y todos repitieron en coro.

—¡Viva el señoritoooo!

La comida fué opípara; al dia siguiente no se vió por Madrid un neo. Efectos del entusiasmo y de los brándis carlistas.

II.

Vaya una escena edificante.

La sociedad *La Armonía* ha celebrado una sesion para discutir sobre la conveniencia de los discursos filosófico-políticos de la cátedra del Espíritu Santo.

¡El Espíritu Santo! ¿A que á los armoniosos les llama mas la atencion *El Espíritu Público*?

No deja de ser edificante lo que en la cátedra del Espíritu Santo sucede. Por ejemplo, en Zaragoza ha habido un predicador que ha dicho sobre poco mas ó menos estas palabras:

—Hermanos míos, leer los periódicos liberales es ofender á Dios y á los periódicos neos. Por consiguiente, es preciso dejar á un lado esos papeles revolucionarios y suscribirse á los periódicos religiosos.

Este ha sido el verdadero objeto del sermón. *La Esperanza, El Pensamiento y La Regeneracion*, se han chupado los dedos.

Francamente; prefiero los sermones del Excmo. señor Don Antonio María Claret.

III.

¡Ay mamá, que noche aquella!

IV.

Es muy posible que dentro de poco veamos en las puertas de las iglesias este cartelito:

LA REGENERACION,
 PERIÓDICO.
 se suscribe aquí.

Esto vendría á sustituir el *aviso á los fieles*, que hoy vemos en las puertas de los templos.

VI.

Otra escena graciosa ha sido la representada en el Senado hace pocos dias.

El general Rivero opta por el abandono de la isla de Santo Domingo.

¡Cataplun! El Senado se vino abajo. Los periodistas sonreían y el general O'Donnell serascaba el occipucio con la contera del baston.

Al poco rato llovía en Madrid á mares.

Eusebio Blasco.

DE UN PERRO FALDERO

A UN PERRO DOGO.

Mi querido amigo: Acabo de leer el bando que el señor corregidor de Madrid ha hecho fijar en las esquinas, y en seguida me he acordado de tí.

Puedes figurarte mi sentimiento.

Yo soy, aunque perro como tú, un amigo leal que no olvida nunca á sus antiguos compañeros de colegio.

Juntos fuimos al aula, tú acompañando al marquésito y yo con la hija del ministro.

Es verdad que nuestra educacion no fué completa, porque los profesores se oponían á que entrásemos en el aula, bajo pretexto de que interrumpiamos con nuestras caricias la atencion de nuestros amos.

Pretestos fútiles, amigo mio, como si el cariño estuviese reñido con la ciencia.

¡Con qué placer recuerdo los diálogos que sosteníamos á la puerta! Yo te hablaba de mi posicion, de mis esperanzas para el porvenir, y tú me revelabas tus instintos de independendencia.

No quisiste ser ministerial, y ahora te cojerá la ley de lleno.

Te compadezco, mi querido dogo.

Con la pata derecha acabo de limpiarme una lágrima mas amarga que el pan de la independendencia que vas á mascar este verano.

No sé si estás enterado de la ley de imprenta que el amo Gonzalez Brabo prepara con objeto de encarcerar á los periodistas.

¿Creerás, cándido dogo, que no hay nada mas tirano?

¡Ah, desgraciado, y cómo te engañas!

La que se ha hecho para vosotros es mas dura, mas cruel, mas *imperruna* que la de Gonzalez Brabo.

¿Cómo vas á envidiar mi feliz esclavitud!

No podrás andar por las calles sin bozal, y como es fácil que no tengas un duro para comprarlo, en cuanto te vea un polizonte te aplicará un liquido que te hará morir en el acto.

Estás perdido sin remedio.

Yo te lo suplico en nombre de nuestra antigua amistad, renuncia á tu independendencia, busca casa donde servir, y sálvate de los tiranos.

Mira que hemos llegado á unos tiempos en que se trata á un pobre perro como si fuera un escritor público.

Mira que la libertad conduce, no solo á la pérdida de los mas sagrados derechos, sino á la muerte.

¡Y morir tan jóven, tú que podías prometerme un porvenir brillante, quizá una magnífica colocacion en algun ministerio!

Conozco tu carácter, sé que los obstáculos te irritan como á Narvaez, y serás capaz de ir sereno al sacrificio.

Enhorabuena; pero piensa en turaza, que va á quedar deshonrada, porque eso de morir en medio de la calle, á la escasa luz del gas contratado por el ayuntamiento, sin un amigo en quien depositar los mas íntimos secretos, es cosa que pone los pelos de punta al mastin mas valiente.

Y si á lo menos encerrasen tus huesos en una humilde é ignorada fosa, pase; pero no, desdichado, no, los salchicheros recojerán tus pedazos, y adobados al dia siguiente saldrán á la mesa en una fonda económica á disposicion de cualquier estómago.

¡Oh amarga decepcion del destino!

Por mi parte te juro no comer salchicha este verano: ¡lejos de mí esos embuchados traidores, que pueden conducirme á comer de mis semejantes!

Quiero suponer que te compras un bozal para salvar la pelleja.

Con el bozal, que debe ser invencion de algun neo, no podrás entregarte al dulce placer de merodear por las plazas, ni robar en las carnicerías, ni aprovechar los descuidos de los muchachos, ni morder las pantorrillas de los contribuyentes.

¿Qué será entonces de tí?

Te quedarás mas flaco que un cesante y vagarás por esas calles como un fantasma, espuesto á las burlas de los hombres.

Esto es no tener vergüenza, y perdona la confianza.

Mira cuán distinta es mi suerte.

Mi señora la marquesa no puede vivir sin mí; yo

soy su tesoro, su regalo, y riñe con el lucero del alba si cree que me mira con malos ojos.

Para mí se guardan los bizcochos, los platos mas delicados y las caricias mas espontáneas.

Cuando nos visita un caballero, yo tengo el derecho de ensuciarle el pantalon, lo que se toma como una gracia; y cuando oigo que le habla de amor, me duermo en el regazo de mi ama, sintiendo entre sueños el roce suave de su manecita blanca.

Cuando salgo á la calle, voy siempre convenientemente acompañado, y se me permite ladrar á los pobres que encuentro en mi camino.

He observado que todos los hombres, antes de hacer el amor á mi ama, empiezan por captarse mis simpatías, y esto me llena de orgullo.

Y me digo entre dientes:—Raza canina, estás vengada.

En medio de lo que tú llamas esclavitud, sostengo yo con dignidad el nombre de mis mayores y las tradiciones de mi raza.

No desoigas mis consejos y abandona esa libertad que castigan las leyes, mi apreciable dogo;—vuelvo á repetirte que hemos llegado á unos tiempos en que se nos trata ya como si fuéramos escritores públicos.

Recibe mis cariñosos afectos y un ária de ladridos que lanzo pensando en tí.

ZELIN.

CABOS SUELTOS.

Un conocido ingeniero de montes, el Sr. Pardo Moreno, acaba de dar á luz un folleto con el modesto título de *Apuntes sobre el esparto*.

En cuanto D. Ramon lo ha sabido, parece ha dado órden á la policia para que vigile á este señor, que en su concepto debe de ser *esparterista*.

*

**

Si Barca en las Córtes pierde su eleccion, que grave está, nadie sabe donde irá, aunque pienso que á *Valverde*.

*

**

Segun han dicho algunos periódicos, se ha mandado de real órden que se proporcione local en el cuartel de caballería de Ciudad-Real, para los caballos *padres del Estado*.

Preferiríamos ver al Estado en la horfandad á ver-le ocupándose del porvenir de sus padres.

Siendo los caballos *padres del Estado*, ¿qué cosa mas natural que entre los hombres de Estado se perpetúe la raza?

*

**

Pues señor, han de saber Vds. que en Toledo hay un gobernador, y que este tal es el Sr. Corzo y Barrera, dos apellidos que le cuadran perfectamente, puesto que el primero está á todas horas saltando el segundo.

Pocos dias hace, un amigo nuestro, recién casado, se dirigió á la imperial ciudad en compañía de su esposa.

Llegar allí, y ser visitado por la policia, todo fué uno.

El señor gobernador hizo comparecer el matrimonio á su presencia, y despues de recibirle con gorro calado, y hacerse dar el tratamiento, le dirigió un interrogatorio con palabras y ademanes no muy corteses, por el cual vino á sacar en limpio que no eran aquellas las personas que buscaba.

Ahora bien, ¿cree el Sr. Corzo que realza mucho el prestigio de la autoridad y el decoro del caballero el obligar á una señorita honrada á levantarse en su presencia, valiéndose de la ridícula fórmula de Vd. no sabe con quién está hablando; el proferir amenazas á ton-tas y á locas; el turbar la tranquilidad de una familia, y provocar acaso un disgusto sério, todo para confesar despues que se ha equivocado?

Ahora Vds. querrán saber lo que buscaba el gobernador de Toledo; pues bien; buscaba una pareja de amantes que se habia fugado de Madrid, y echó mano á la primera pareja que se presentó.

Lo mismo hubiera hecho si tropieza con una pareja de civiles.

*

**

Hecho con arte y encanto, ha circulado muy pronto un cuentecillo *non santo*; ¡calumnia! el héroe es un tonto, pero, señores, no tanto.

*

**

El gobierno prusiano va á enviar una embajada á China, que tendrá residencia fija en Pekin.

A los diplomáticos acompañarán algunos distinguidos orientalistas encargados de estudiar los misterios de la gramática y del diccionario del celeste imperio.

—

Despues de haber leído la anterior noticia, ¿no les parece á Vds. que esos distinguidos orientalistas podían venirse por acá y estudiar los misterios de ciertas y determinadas obras?

Porque estas obras no son obras de caridad.

Ni de misericordia.

Ni siquiera buenas obras.

—

Si los prusianos andan á caza de *Misterios*, podían leer el artículo del *Diario Español*. Meneses les serviría de Mecenás.

*

**

Dicen ciertos noticieros que los carlistas conspiran, y que en sus planes aspiran á coronar á un *chavó*....

¿A que no?

—

Dicen que un soldado viejo muy temerario y muy bruto piensa en un rey absoluto que hará leyes en *caló*....

¿A que no?

*

**

El Sr. Sanchez Silva acusó al gobierno en el Senado de siete *pecados capitales*.

Estos siete pecados capitales se encierran en uno solo, pero *mortal*: el servir á la reaccion.

*

**

El nuevo periódico *Los Tiempos* trae el mismo traje de *El Contemporáneo*.

Todo lo que ha dicho hasta ahora se reduce á demostrarnos que es muy liberal el gobierno.

¡Qué lástima!

Empieza apenas cuando miente á penas.

—

Sr. Botella:

Muy Sr. mio: Una vez que es Vd. director de *Los Tiempos*, yo me suscribo por un mes si me lo da Vd. de Champagne.

Es el único modo de que me aprovechen los 16 rs. que cuesta al mes el periódico de Botella.

Suyo afectísimo S. S.,

GIL BLAS.

—

—Sr. D. Antonio Alcalá Galiano: Aquí traigo á Vd. *Los Tiempos*.

—¿Qué tiempos son?

—Los de hoy.

—¿Quién los dirige?

—Botella.

—¡Botella! A ver, suscríbame Vd. por 30 ejemplares.

—

Dice el periódico *Los Tiempos*:

«Desde que en España rige el sistema constitucional, gozan los ciudadanos el derecho garantido por la ley del Estado, de emitir libremente su pensamiento; es decir, que treinta y un años hace existe en nuestra patria la libertad de imprenta.»

Pues señor, no sabemos nada de eso.

¿Quién habia de pensar que mientras los periodistas estaban encerrados en cárceles, y espatriados, la libertad de imprenta se paseaba por España con la desfatez de una jamona de 31 años?

—

Pero si hace tanto tiempo que gozamos de la libertad de imprenta, ¿para qué da Vd. una ley, Sr. Gonzalez Brabo?

—Hombre, para quitarla.

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—4865.